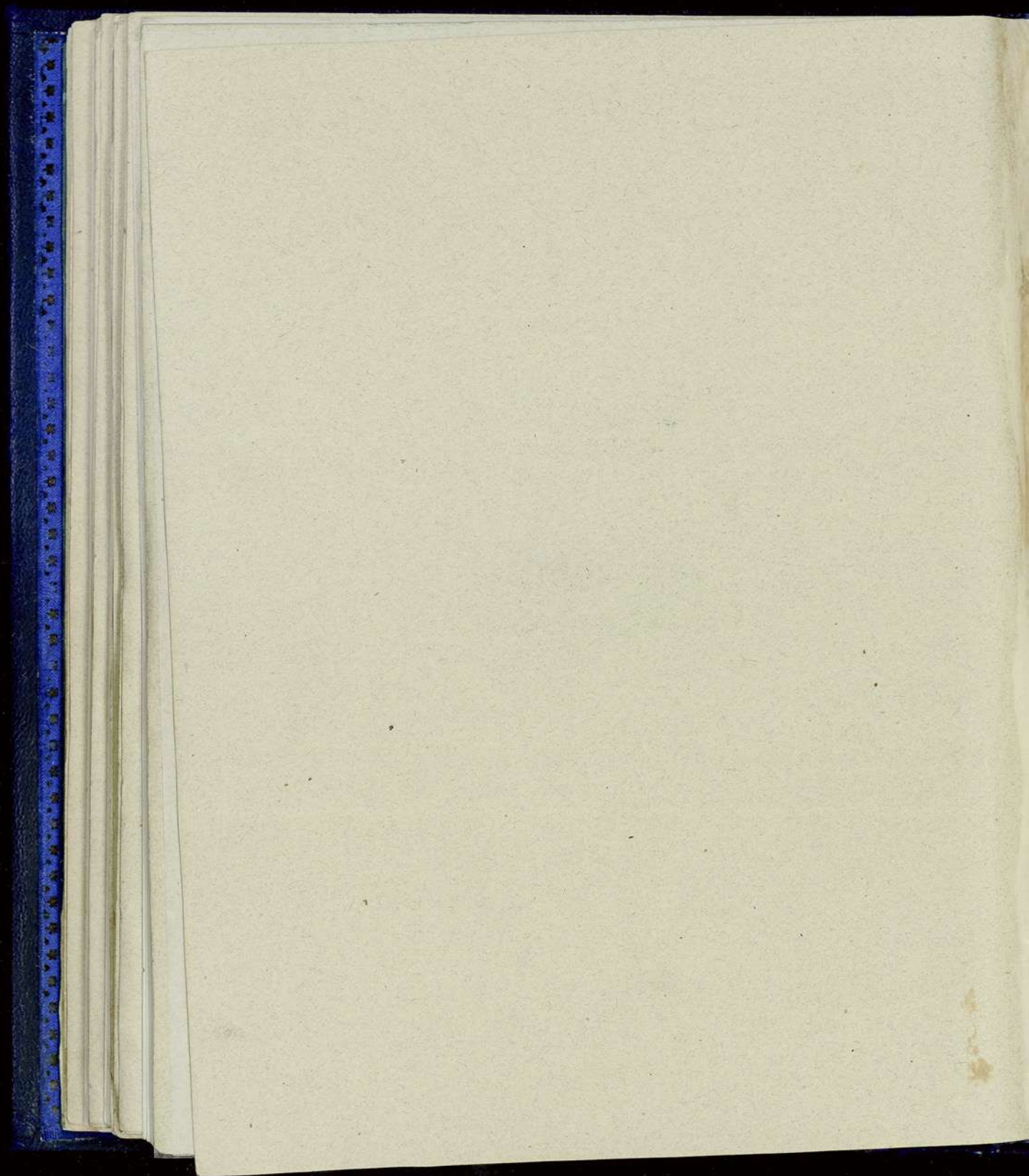


LUNA





LUNA



SUMARIO

AURELIO ROMEO
PABLO DE LA FUENTE
ANTONIO APARICIO
EDMUNDO BARBERO
ANTONIO DE LEZAMA

LAS FLORES
SOBRE EL EGOISTA
ESTRELLA DE SEVILLA
UN TROVADOR
EL ESPEJO (CUENTO)

CUADERNO DE POESIA: VILLAMEDIANA
NOTAS DE LECTURA, por J.R., J.C., y S.O.

Portada e Ilustraciones de ONTAÑON

Año II

Noche del 21 al 22 Abril de 1940

Num 22

AMUN

Las flores

CON cierto asombro vino la entrada triunfal de mi hermano en este cuarto. Instantes antes había salido a la cancelería reclamado por una visita. Traía en la mano un enorme bolsillo de señora, casi un saco de viaje y de sus profundidades iba sacando paquetes y mas paquetes de esos que la previsión femenina -era una señora la visitante- y el aprendizaje de las escaseces sufridas durante la guerra, juzgaban interesantes y mas apetecidos por nosotros.

Pero lo que mas llamaba mi atención, lo que me producía una sensación de bienestar, casi diríamos una viva emoción de ternura -dejando a un lado y en el plano afectivo que merece la presencia de Trudy en esta casa-, era el ramo de flores que Julio mantenía apretado contra el cuerpo mientras terminaba su tarea. Un ramo de claveles rojos y blancos y de otras florecillas cuyos nombres desconozco. Mantequilla, salchichas, a zucar -temas poco literarios pero de gran substancia-, iban amontonándose sobre la mesa. Golosinas extrañas, supervivencia histórica de tiempos que fueron felices, manjares desconocidos para la mayor parte de los españoles, quedaban a la vista de la entusiasmada concurrencia. Yo no sé si a los demás les habrá sucedido lo mismo que a mí, pero eran las flores, brillantes, vivas, lo que constituía el centro especial de mi agradecimiento.

¡Flores! Ya casi he perdido el recuerdo de cuando he tenido flores entre mis manos. Las últimas, si no me equivoco fueron unos crisantemos de segunda mano que utilizamos en una de nuestras fiestas.

Como a casi todos los españoles, me interesaban las flores puramente en lo superficial. Es nuestro país tierra de flores

aunque no tantas como se cree comunmente, y a muy pocas personas llamaban la atención y bajo esa impresión falsa que produce la abundancia, los españoles no sabíamos emplear las flores. A lo sumo, se pensaba en ellas como algo decorativo, algo que adornaría un día, cumpliría su misión y a la mañana siguiente se arrojaría a la calle, inservible. Bautizos, bodas, fallecimientos y el tópico de corresponder a las atenciones recibidas o al convite a que fuimos llamados con un ramo de flores para la mujer del favorecedor o del anfitrión.

Mucho se ha hablado del lenguaje de las flores; durante años y años han sido el tema socorrido y obligado de escritores y poetas que, si algunas veces se habían adentrado en la motividad que las flores pueden provocar, otras, la mayoría, solo hablaban de ellas por puro arrastre, porque no había comparación equiparable cuando se traían a colación los colores, las cualidades físicas y aun espirituales de una persona, generalmente de una mujer y casi siempre circunscribiéndolo a estados amorosos. Pocos españoles sabían darse cuenta exacta de lo que las flores pueden significar, lo que en un momento dado pueden representar para quien las ofrece y para quien las recibe. Esta minoría era la que, contraviniendo las indicaciones médicas, siempre exageradas por las familias, que aconsejaban la ausencia de flores ladronas de oxígeno en las habitaciones, se hacía acompañar en sus visitas al enfermo, por unas flores. Al decir españoles y decir enfermo quiero referir me a hombres y mujeres. Ciertamente encuentro -por educación tradicional, sin duda- mas natural que sean individuos de sexo contrario el que regale y el que reciba, y que pudiera parecer extraño un hombre llevando unas flores a otro hombre enfermo. Hace años ni tan siquiera la hipótesis hubiera aceptado. Hoy pienso de muy diferente modo. Cuando se ha visto cómo las flores en aquellas tierras donde son escasísimas significan la mas inocente y cordial prueba de amistad, de cariño y de amor, sin que cualquiera de estas motivaciones se interfiera, en las demás, se aprende a despojarse de la intención torcida que una imaginación demasiado ágil ha solido atribuir a esta clase de atenciones cuando se cruzaban entre seres del mismo sexo.

En lo que a mí respecta, solo conocía -cuatro años hace- uno de esos dos aspectos, solo lo había contemplado desde uno de los dos puntos de vista a que antes hacía referencia: uno, aquél en que está situado el que entrega; otro, el que ocupa el que recibe. Me coloqué en la primera postura hace años, cuando mis visitas a la mujer mas querida para mí, doliente a la sazón, no se producían sin que mi entrada en la casa coincidiera con dos preguntas suyas simultáneas: ¿qué flores son las

que me traes hoy?, ¿qué es ese paquete? Juguetes, porcelanas, iban ocupando el sitio disponible en la habitación. Pero mi mayor afán era llenar la casa de flores, distintas cada día, y que con especial cuidado escogía yo mismo recorriendo Madrid de punta a punta. Ví entonces lo que las flores significaban para el enfermo, pero no podía sentirlo tan intensamente como él mismo aunque la comunicación del alma fuese completa. Pero sí comprendí como en aquellas flores depositaba mis mejores deseos y cómo eran ellas el mejor vehículo imaginable.

Y llegué a la segunda cuando dejaba pasar mis días de convalecencia en el Sabatsberg Sjukhus, el hospital donde mi herida de guerra había tenido su epílogo. Forzado a mantener la vista en una quietud casi absoluta, ansiaba encontrar algo en que fijar mi ojo, algo que tuviese el suficiente interés para no aburrirme en su contemplación a los pocos instantes. No a modo de disculpa sino de justificación, declaro que mirar a mi mujer que me acompañaba día y noche me impedía reposar debidamente. No podía limitarme a mirarla a los ojos y cada movimiento impensado mío me provocaba fuertes dolores. Fue entonces cuando manos amigas me llevaron unas flores, difíciles de conseguir en aquellas latitudes, y se cuidaron de renovarlas diariamente. En ellas descansé, aprendí a ver en las flores una gran parte de lo que me faltaba por conocer. Era yo el enfermo que recibía las flores. A partir de ese día ni uno solo han faltado en mi casa, incluso en Madrid durante la guerra, unas flores.

Por esto, después de tan prolongado cautiverio ¿seremos nosotros también caballeros ex-cautivos alguna vez?, la llegada de ese ramo ha sido para mí una gran felicidad.

También nosotros estamos enfermos, enfermos de prisión y esas flores han venido a traernos algo de la libertad, de la vida ancha del campo abierto a todos los vientos y a todas las caricias. Nuestras habitaciones -porque el ramo se ha dividido en dos, uno para cada cuarto- han cobrado una alegría diferente de la que el sol los presta de continuo. Parece como si hubiésemos estado esperando su llegada porque el cuidado de un refugiado conservó a través de la mudanza dos vasos de cristal tallado que aguardaban la ofrenda que había de venir alguna vez con el sombrero puesto y que -galantes- se han descubierto cuando las han visto entrar por la puerta.

Con su presencia han hecho disminuir la frialdad de nuestro cuarto de refugiados y en ese pequeño rincón que no es rincón ni es pequeño que Pablo se ha construido junto a sí una me están hablando de la ilusión con que Trudy nos las ha

traído, de su sensibilidad exquisita que ha sabido encontrar lo que para un hombre privado de libertad tiene inmenso atractivo, que ha confiado a las flores el encargo de transmitir todo lo que ella de palabra no podría decir.

Han traído hasta nosotros dos cosas que continuamente echamos en falta, la vida libre y la vida del hogar, las flores que nosotros podríamos comprar y nuestra mujer, nuestra madre recibir y colocar, sonrientes, en otros vasos parecidos a los nuestros.

No quiero dejarme arrastrar al lenguaje de las flores, huyo de él para no caer en las mismas frases hechas, solo he intentado recoger, dar forma a mi gratitud, corresponder en la forma que hoy me es dable a ese amoroso cuidado reflejado en los claveles rojos y blancos que Trudy nos trajo la otra mañana.

Aurelio ROMEO.

DIVAGACIONES

SOBRE EL EGOISTA

AS condiciones previas del egoismo son el bienestar económico. Es difícil ser egoista cuando está ligada nuestra vida a una determinada comunidad de intereses o de trabajos. Cuando los límites clásicos de la libertad -el no coartar la de los otros- se imprimen constantemente sobre la conducta de uno. De ahí que haya mas solidaridad entre las clases bajas que en las otras.

El bienestar económico crea, en cambio, el problema de lo personal. Es precisa una mayor fijeza y un mayor carácter propios para escapar de una medio cridad perfectamente visible. Y como uno mismo es dueño de escoger el camino, esta orientación libre tiende en la mayoría de los casos, y por un impulso lógico, a escapar de lo que signifique compromiso, o acción común, o fusión de preocupaciones con las de un grupo determinado.

Pero vivimos en un mundo de problemas y al nombre inteligente le van a buscar a su escondrijo, por muy alejado que haya querido instalarlo. Vienen, eso sí, más por el camino de lo teórico que por ninguno otro. A veces, sin embargo, se presentan de improviso de una forma mucho menos inocente. (Ahí están ahora en los países nórdicos, espectadores siempre de los apuros de los demás, de las luchas y hasta de los postulados que en otros sitios irritan a las gentes hasta la lucha. Son algo tan fuera de moda como el patriotismo, la libertad y la independencia, y al

go tan desagradable como la guerra o la vergüenza del cobarde).

Admitamos, sin embargo, para seguir con el tema de la presente divagación, que no existen mas que en el plano de lo teórico. Junto al libro, el examen de los hechos. Junto a la doctrina política las realidades de tal doctrina puesta en práctica. Junto a la teoría filosófica la conducta de sus partidarios. El camino de la cultura mostrando antecedentes de todo en todos los tiempos, descubriendo lo relativo de cada verdad y la existencia de verdades opuestas. Andando, andando, el paso agotador que desemboca en el escepticismo en la incredulidad "a priori", en la compasión de uno mismo y de los demás.

Hemos marchado por este camino y vemos que estamos solos, que nadie pudo seguirnos, porque aun los de nuestro mismo pensamiento quieren la máxima independencia, la libertad del que no acepta ningún compromiso porque todos son iguales. Desde el momento que tenemos que dar la mano a alguien suponemos la existencia de una fuerza que penetra por las rendijas de la voluntad y de nuestras convicciones. Lejos, lejos, estamos lejos de todo el barro y sus salpicaduras. Allá donde nos abre su puerta el tedio desesperado. Porque el egoísmo es la des-esperanza y el des-aliento.

¿Y el amor? El amor es solo una fiesta de los sentidos. El juego mas arriesgado porque puede derribar nuestro sistema, romper nuestra conducta egocéntrica, comprometer nuestra libertad inmarcesible. La solución del egoísta no es ser amado, sino amar. Tropezaremos con la opinión general de que esto es mucho mas comprometido, pero el error es facilmente apreciable. Si le aman a uno le importunan; cuando quiera se pararse, romper, le seguirán con lágrimas, súplicas, y las coacciones de ternura tan difilmente salvables. Si uno ama es quien decide, quien toma y rechaza, cuando y como conviene. Realmente la tragedia en el amor suele encontrarse en que todos los esfuerzos que se llaman amar no son sino deseos de que nos amen. Amar es escoger y dejar, a voluntad propia. Escoger lo que es de nuestro agrado y mientras dure éste. Porque el egoísta sabe que todo pasa, todo cansa, todo se vuelve rutinario e incómodo y que aquellas palabras relativas a lo sentimental, y a la pasión, y a los impulsos espirituales se marchitan un día. Y la flor del placer y la poesía es una gruesa dama, marchita, golo-

sa y con frecuentes jaquecas.

Si, pero la paternidad... Si. Pero la paternidad es el primer impulso dominado en el egoista consciente, ¿para qué dentro de una sociedad de mentiras y fracasos hacerse responsable de los dolores e infortunios de un nuevo ser, cuya presencia o ausencia no significa nada?

Así anda Anthony y así anda Mark ("La paix des profondeurs", de Huxley) acorazados en un cinismo de regreso de todos los caminos ideológicos, políticos, filosóficos, religiosos, etc. La vida es un espectáculo, para el primero divertido a veces, para el segundo amargo y desesperante, de tal presión de incomodidad que solo la música, muy poca y de muy pocos autores, puede servirle de escape.

Anthony acepta la mujer a su lado, siempre y cuando que no se permita pensar nada sobre él, y mucho menos sobre algo para los dos. Mark ni eso, sus conclusiones son más enérgicas y lo llevan a la misoginia más sincera.

Tenemos que plantearnos si con ello han conseguido la felicidad o algo semejante, ya que el no admitir ningún estorbo ni moral ni social, no puede tener otro motivo. Pero todo prejuicio que han descargado ha abierto un hueco que se llena de descontento y el odio se cria ventajosamente favorecido. Odio que se ceba también en uno mismo. Nihilismo. (Comprendase el por qué los nihilistas eran en su mayoría intelectuales y gentes de posición desahogada). Mark es nihilista y viaja hasta Méjico para participar en una revolución sin otra idea que la de ayudar a una lucha feroz entre los humanos y ver destrozarse unas cuantas vidas. (Los hombres son unas chinches) A ese precio la suya puede entrar también en el juego.

El egoista no se salva. Es inútil que lo deseemos que lo esperemos por el afecto que sus problemas no hayan podido hacer nacer. El egoista no puede salvarse. Hay, si, quienes pueden ser mas influenciables y a última hora se dediquen a servir a una causa cualquiera, por ejemplo la de un evangelio antropológico, la de una revolución teórica para dar mayor importancia a los medios que a los fines, la de una mística de la bondad hasta el extremo apostólico de presentar de buena gana la otra mejilla en ocasión de bofetadas.

Pero ésto, que es lo que hace Anthony, y que lo disminuye hasta no ocultar la atracción que sobre él ejerce ya una mujer, no es sino una traición, un paso atrás, una rectificación de conducta, un abandono del egoísmo por el extremo más opuesto: el de preocuparse del bienestar de todos los semejantes, de todos los componentes de la Humanidad.

El egoísta no se salva de su aislamiento. No. A veces abrirá el balcón y un transeunte con sombrero usado, lentes y paraguas, oirá la "Suite en re" y suspirará envidiando las ondas de bienestar que le llegan. Uno más que se equivoca. Como todos según el egoísta. Y como él, según mi modesta opinión.

Pablo DE LA FUENTE.



Sevillana por verte
tan solo un día
mi vida por mi muerte
la cambiaría.

Estrella de Sevilla,
clavel deshecho
¿quién clavó banderillas
sobre tu pecho?

Niña de quince años,
flor amarilla,
llorando desengaños
junto a la orilla.

¿Quién sobre tu garganta
de luna mora
puso esa pena blanca
que me enamora.

Niña de sol y luna,
triste azucena,
¿quién te dió la amargura
que hay en tu pena?

Abril que vino abriendo
calle a las flores,
no quiso traer las rosas
de tus amores.

Y en las tardes azules
de primavera,
sueñas entre abedules
por la ribera.

Olivaritos verdes,
naranjos finos,
y tú aromando el aire
con tus suspiros.

¿Porqué amores lejanos,
porqué amorio,
miras, llorando, el agua
que arrastra el río?

Tira al fondo del agua
tu pena loca,
y que otra vez asome
risa en tu boca.

Te está llamando el aire
de los jardines
con las voces de plata
de los jazmines.

Te llama con la sangre
de los claveles,
sonando un ritmo alegre
de cascabeles.

Begonias pensativas,
damas de noche,
y un tronco de seis jacas
para tu coche.

Pon tu pié volandero
sobre el estribo.
(Al fondo de tus ojos
voy yo cautivo).

Toda la Feria espera
verte bailando,
quebrándose en la gracia
de los fandangos.

Gracia de Andalucía,
Luz de Sevilla.
Boleró, bulería
y seguidilla.

Los pies bordando en aire
sus gallardias,
y tú mordiendo penas
por alegrías.

¿Qué llevas en el fondo
del pensamiento
que así entornas los ojos
de sentimiento?

Esa pena que tienes
y que te mata,
también ronda mis sienes,
niña de plata.

Cuando la noche enciende
candiles viejos,
tu recuerdo se prende
por los espejos.

¡Adios se villanita,
dolierte estrella!,
niña la más bonita
de entre las bellas.

(¡Adios gitana!...
Yerta entre los barrotes
de tu ventana).

Antonio APARICIO.

CRONICA TEATRAL

UN TROVADOR

LOS recitadores constituyen un espectáculo nuevo en la escena española que ha sido importado e impuesto por América. En las naciones americanas de origen español han conservado siempre una gran afición a los versos. A todos los actores de importancia que han desfilado por el continente americano les han pedido siempre que reciten poesía.

En América no hay reunión por modesta o de categoría que ésta sea en la que no se reciten poesías sobresaliendo siempre en esta afición el elemento femenino.

En Argentina, sobre todo, en los muchos clubs de aficionados teatrales que hay tanto como al montaje de comedias modernas sededican sus componentes a la recitación. De uno de estos clubs salió Berta Singerman a la que todos hemos admirado por su maravillosa voz, la emoción de su acento, sus actitudes, por todo en fin, porque hasta sus defectos y su deje, entre polaco y argentino le daban un singular encanto.

El éxito de la Singerman y sobre todo sus ingresos económicos tuvieron sus consecuencias en España. En pocos años ha surgido aquí un verdadero ejercito de imitadores. De éstos el más destacado, Gonzalez Marin, quiso al principio hacer dentro de la recitación algo que tuviera cierta originalidad. Nuestros poetas jóvenes con Garcia Lorca y Alberti a la cabeza merecían ser difundidos. Gonzalez Marin aunque mezclados sus programas con composiciones de poetas de menor valía al lado de las grandes figuras, tenían

cierto interés que le valieron el calor que le prestaron en los primeros momentos tanto Alberti como Lorca. Bien pronto se arrepintieron de su generosidad. Gonzalez Marín, con esa osadía y esa falta de sensibilidad que tienen los desviados sexuales cuando a su desequilibrio va unida la mediocridad, convirtió bien pronto los recitales en un espectáculo de variedades de infima categoría. Alternando el canto con el recitado, teatralizando la poesía abstracta, añadiendo localismos y tipismo a las composiciones, aflamencando con el acento lo que tanto Lorca como Rafael querían que se dijera en castellano correcto como ellos lo habían escrito. Quizá al desprecio que le manifestaron últimamente estos grandes poetas se deba el actual y ferviente fascismo del recitador.

Los poetas de corto vuelo como Manuel de Góngora, no podían ver con tranquilidad que un cómico mediocre como Gonzalez Marín -aunque el estilo del Imperio les obligue a decir lo contrario- alcanzase notoriedad y se enriqueciera con sus composiciones a las que ellos consideran magníficas.

Manuel de Góngora es el prototipo del señorito español, todo vanidad, todo "quiero y no puedo" según la expresión popular. Sus versos y la labor periodística le han dado poco dinero. Sus intentos teatrales no han sido afortunados, aunque él no haya omitido nada para llegar a lo que él cree el gusto del público. Basta leer "La Fetenara" o "La novia de Reverte".

De poco tiempo a esta parte se ha dedicado a recitar en público aprovechando todas las ocasiones que ha podido como fiestas, homenajes, beneficios y cachupinadas de los enternecedores "Mecenas de España". Se iba adivinando que el aficionado trataba de convertirse en profesional. ¿No es él capaz de escribir un romance de ocho páginas sobre los contrabandistas o cualquier otro tópico de fandanguillo de colmado con consonantes en aba o ia? ¿No es capaz de recitarlo con un sonsonete rebuscado imitando por igual a Ricardo Calvo y a Gonzalez Marín? ¿No se emocionan cuando él recita las damas de la Falange, mientras se retuerce los donjuenescos mostachos y entorna melosamente los ojos? Además, ¿no ha llevado antes la literatura a las variedades un escritor ampuloso aunque también mediocre, como García Sánchez?

Pero como el Imperio con su Falange a la cabeza se distingue sobre todo por su cursilería y en este punto Góngora es mas imperial y mas falangista que todos ha



creído oportuno hacer unas declaraciones antes de su debut. El es un señorito español y el ejercer una profesión que obliga a trabajar exhibiéndose en un escenario está considerado en la España de ahora como deshonoroso para un hombre distinguido. Si otros, antes que él han olvidado su título o la posición de sus familias para dedicarse al teatro con naturalidad, él tiene otro concepto de las cosas. Si en otros países los actores gozan de la máxima consideración y respeto de sus conciudadanos al mismo tiempo que de admiración y de popularidad, él pertenece a un país con un régimen original al que su religión y su concepto de la jerarquía no le permite ser tan tolerante.

Para justificar su decisión el periódico "ABC" como si dijéramos la familia del sr. Góngora, publica un artículo firmado por su crítico teatral en el que éste hace historia de los trovadores, señalando la diferencia que separa a éstos de los juglares. Dice el crítico que hubo trovadores como el Conde de Tolosa y Teobaldo de Champaña que fué rey de Navarra... Y todo ello para decirnos que Góngora es un gran señor en las letras y en la vida y que por serlo no resulta deshonoroso el que se ofrezca en espectáculo como antes lo hicieran aquellos grandes señores.

Como verá el lector no puede llegar la cursilería a más en este caso que supera a la línea general del Imperio.

Naturalmente que entre líneas se puede leer simplemente "lo que tiene uno que hacer por unas misérrimas pesetas"

Edmundo BARBERO.

NOTAS POLITICAS

La respuesta a los desembarcos alemanes en Noruega ha tenido lugar en esta semana con desembarcos sucesivos de tropas británicas y francesas que en número de 50,000 están en contacto con los noruegos y se aprestan a dar batalla a los nazis, encerrados éstos en sus puntos de desembarco por la resistencia del ejército del rey Haakon.

Commemoraron en la última semana la fiesta de la unificación. Dieron gran esplendor a la feria de Sevilla y comenzaron a dar en Madrid un pan negro y arenoso con raciones diminutas. Para terminar los festejos el domingo se celebró una concentración de falangistas en Valencia, a los que les seguirán prometiendo cosas.

UN CUENTO CADA SEMANA

EL ESPEJO

SAMUEL dió un grito de satisfacción y besó gozosamente las mejillas, frescas como rosas, de su madre, con quien jugara de pareja contra su hermana y su novio Antonio. Elisa rió viendo los transportes de júbilo de su hijo y huyó de él, burlona como una colegiala. Nadie diría que aquella mujer rondaba los cuarenta años. Su cara juvenil, sus prietas carnes de criolla, la elegante distinción de su persona toda eran la admiración general y no había quien pesara que fuera otra cosa sino la hermana del muchacho justamente orgulloso de una madre de tal belleza.

De un salto pasó por cima de la red del tennis, cogió a Con suelo por el talle y la zarandéo con alegría, simuló un puñetazo a Antonio y de dos en dos subió, cantando, los peldaños de la escalinata que daba acceso al palacio.

Tras la ducha se puso en manos del masista, soportando complacido el vigoroso masaje. Después se entregó a los cuidados de la manicura mientras Bautista, e, viejo ayuda de cámara, preparaba con toda minucia la ropa que había de vestir. Cuando entró en el cuarto para terminar su indumentaria, el masista ponderaba la rética constitución del joven y la manicura suspiraba hondamente.

Marieta, una docellita de película, penetró en la habitación para anunciar al señorito Samuel que en el despacho le aguardaban el administrador y uno de los jefes de talleres.

-¿Ya habrás puesto las rosas en su escritorio?, preguntó con cierta malicia, Bautista.

-Hoy son amarillas como la envidia, contestó intencionada Ma

rieta, mirando a la manicura.

-Pues, yo te las pondría a tí como tomates de encarnadas, que es el color de la vergüenza, replicó amoscada la aludida y salió dando un portazo.

Samuel, arrellanado en su asiento, escucha, con aire distraído los informes de su administrador pero a pesar de que parece no atender le interrumpe con frecuencia con observaciones y dicta rápidamente notas a la taquímea, que le mira con mas ojos de codicia que de respeto.

El jefe de los talleres de construcción metálica le expone la necesidad de ciertas mejoras que el muchacho atiende y acepta complacido. Sus ojos brillante y dominadores lo contemplan todo satisfechos y admiran las rosas, amarillas como el oro, que tienen formas y calidades de carne femenina en los capullos y cuyos pétalos semejan labios de mujer.

Al fin quedan solos Samuel y don Paco, el administrador y amigo.

-¡Magnífico día, don Paco; todo marcha a maravilla! Me agusta tanta felicidad. Nada me falla en la vida ni la oscurece la menor nubecilla. ¿No hay mas correo?

-Sí, aun queda una carta...

-¡Llame usted a la secretaria, me gusta contestar en el acto...

-¡Oh, no! Esta carta, -y blandía un pequeño sobre azulado-, no precisa secretaria, es correspondencia sentimental, y con una sonrisa entregó al joven la misiva y abandonó el despacho.

Rompió el sobre Samuel y dijo entre dientes:

-Pues, si hay una nubecilla, y de las que anuncian tormenta.

Era una carta de Aurelia, su adorada Laly. Una carta apasionada, como todas las suyas, pero en la que la muchacha le hacía cargos muy duros.

Quedó pensativo Samuel y por su imaginación pasó, como un film lleno de escenas venturosas, toda su vida, corta por sus veinticinco años pero abundante en emociones y bienandanzas.

Vió su niñez en la casona cántabra, sus años en los mejores colegios de España, su estancia en Eton, sus éxitos deportivos y su buena fortuna en las aventuras amorosas. Recordó, como en un sueño lejano, pues murió siendo él muy pequeño, la figura a mable de padre, tan enamorado de la encantadora chilena Elisa a quien dejara con una cuantiosa fortuna, dos hijos, gentil pareja de rapaces.

Aun le pare ía estar oyendo a Mr. Stephan, su director de estudios en Inglaterra, cuando con mal contenida admiración, le daba cuenta de que el tío Teodorito, hermano de su abuela, la gran dama francesa, había fallecido dejándole heredero de un fabuloso capital: fábricas en Francia, minas en Africa, posesiones fantásticas en América, y todo ello en plena actividad, fun

cionando con la regularidad de un cronómetro y abarcando las mas varias manifestaciones industriales. Samuel, con la muerte del viejo y apenas conocido pariente, se convertía en uno de los principales potentados de Europa y aun acaso del mundo. Diríase que las Gracias, congregadas junto a su cuna, le halegaron a porfía y sin tasa. Belleza, salud, talento, fortaleza, bondad y opulencia. ¿Podría pedirse mas a la loca fortuna?

¡Y sin embargo, algo turbaba su dicha!

En una larga estancia en Granada, relacionada con sus intereses, había conocido a Aurelia, la huérfana del empleado de una de sus fábricas de azucar que al morir no dejó mas que deudas, el recuerdo de sus sempiternas borracheras y una hija que era, en Andalucía, tierra de bellezas, un portento de guapa.

Se vieron, se quisieron y el amor y las facilidades y aquel ambiente lleno de sensualidad se encargaron de que las relaciones traspasaran los linderos de lo platónico casi sin darse cuenta de ello los enamorados.

No hubo ni engaño ni mala fé, sino pasión verdad y los mejores propósitos en Samuel. Lo malo estaba en que el galán, ante su madre, sentía rendirse la voluntad y muy de sobra le constaba que Elisa, demasiado influida de preocupaciones aristocráticas y de clase y dominada por el desprecio hacia el progenitor de Aurelia, jamás daría su autorización para un enlace que le sería notoriamente odioso.

Glamaba la muchacha por los fueros de su dignidad y del cariño y el seductor, tan enamorado de ella y siempre buen caballero reconocía la deuda y para pagarla no aguardaba sino medio y ocasión.

Mientras tanto, Aurelia, que no podía vivir lejos de él, dejó valientemente Granada y España y a París marchó con los miserrimos recursos que pudo agenciarse. Su orgullo de española bravía y desinteresada rechazó toda ayuda económica del amante y sólo, a fuerza de ruegos, aceptó su recomendación para entrar en un taller de alta costura que le proporcionó abundante y bien remunerado trabajo. Acaso ella misma se dió cuenta de que en esto andaba la mano generosa de Samuel pero su conciencia quedó acallada al pensar, que fuera como fuera, el pan que comía salía íntegramente de su personal esfuerzo.

En su modesta casita, tres lindos cuartos, de la calle Caulaincourt, recibía a Samuel y aunque siempre intentaba resistir a sus caricias estas eran inevitables para aquella hermosa pareja envidia y admiración de cuantos la veían.

Hubiera querido Aurelia que su amante fuese, si no pobre porque eso fuera en ella un egoísmo, sí, al menos, mas próximo a su condición social, y aunque incapaz de odiar a nadie sentía cie ta animadversión hacia Elisa al pensar que en su

exagerado amor de madre y vanidad social estaba el único obstáculo de su felicidad. Una altivez indomitable ponía también freno a sus innegables derechos.

Si es verdad que no hay mal que cien años dure, mas cierto es que la felicidad tarda muchísimo menos en desaparecer.

Aquellos días en que durante unas horas Laly y Samuel eran tan dichosos, aquellos paseos por los bulevares, por los jardines, las comidas en discretos y elegantes restaurantes, las excursiones a los alrededores de París, las largas charlas en que Samuel contaba a Laly sus trabajos y proyectos, sus anhelos generosos, sus planes de transformar las industrias que le pertenecían de un modo mas humano para los trabajadores, sus divagaciones de artista y de enamorado, sus vehemencias y transportes pasionales, todo, todo se vino abajo y se derrumbó con la guerra, con esa pugna bestial de ambiciones y codicias, con el atávico furor de pueblos y de razas.

Ella misma no se dió cuenta hasta el día en que Samuel, con serena gravedad, le manifestó que venía de alistarse como soldado.

-¡Tú! ¿Tú, soldado? ¡Pero si eres español!...

-No, Laly; mi padre era francés, mi tío Teodorito era francés y lo mas cuantioso de mi fortuna, mis fábricas mas importantes, las industrias de mayor florecimiento en Francia están. Yo, ni quiero ni puedo excusar el deber. Sería una cobardía y además sería una traición. Francia necesita de mí y a ella debo entregarle mi persona y mi fortuna. Además hay motivos de orden moral que me obligarían también, aunque no lleva se sangre francesa en las venas.

-¡No quiero que te maten! ¡No quiero quedarme sin tí!, rugió Laly llorando.

-¿Quién piensa en eso, boba? ¡Viviré y serás mi mujercita muy pronto! Esta guerra no puede ser larga. Tengamos un poco de paciencia.

-¡Yo no consiento que seas soldado!

La cara de Samuel se endureció y agriamente dijo:

-¡Me prefieres cobarde y emboscado, dílo claro!

Laly se abrazó convulsa a su amante al contestar entre lágrimas:

-No. Cumple con tu deber. Sabré esperar.

Nadie mejor que el gobierno se daba cuenta de lo que representaba en aquellos momentos la aportación de elemento tan valioso como Samuel con sus fábricas de material ferroviario, sus refinerías, sus minas, sus enormes plantaciones, sus mag-

níficos talleres de las mas variadas e interesantes industrias y su incalculable fortuna. Agradecido a su espontanea colaboración le ofrecieron las máximas facilidades y tranquilos y seguros puestos, pero Samuel rechazó amablemente las ofertas, afirmó que su presencia al frente de los negocios no era precisa ni los entorpecía alejandose de ellos y exigió un puesto de combate. Piloto de globo libre y buen aviador desde hacia algunos años fué a formar bien pronto entre los ases del ejército del aire.

La suerte seguía siéndole propicia y sus mayores audacias, hazañas de temeridad increíble, se sucedían unas a otras rápidas, como en un afán de superación, sin recibir mas daños que heridas de escasa importancia pero que eran sangrientas y magníficas rubricas de su heroicidad. Su pecho de atleta griego era ya brillante constelación de cruces y medallas al valor. La larga cinta de su mas preciada condecoración de aviador llevaba mas de cuarenta pasadores conmemorando otros tantos aviones enemigos comprobadamente derribados. Sus raids sobre Alemania y Austria escalofriaban.

El nombre de Samuel era como un símbolo de gloria, la representación admirable del valor, del patriotismo y de la honrra de bien.

Sus escasísimos permisos le llevaban a abrazar a su madre y hermana y a buscar en las caricias de Laly la mas dulce y ambicionada recompensa. Ellas, las enamoradas, las tres mujeres que lo eran todo en la vida del héroe, que estaban eternamente alarmadas con las hazañas de quien consideraban muy justamente el mejor y mas valiente de los hombres, exultaban orgullosamente cuando lo veían a su lado.

Varias veces habló Samuel a Laly de su propósito de plantear a su madre el problema de la boda, pero era ella ahora, quien con la mayor corrección ponía freno a sus intenciones mientras durase la guerra.

Y así pasaron los años, entre zozobras y exitos del militar y así llegó octubre del 18.

Samuel, alegría y estímulo de sus camaradas, era incansable, recabando siempre para él los mas penosos y difíciles cometidos.

Fuó una tarde sombría y triste. El aviador volvía a su base, después de luchar con una escuadrilla germana a la que había causado fuerte daño, abatiendo un aparato y haciendo huir a los demás. Al comprobar que el depósito tenía ya muy poco carburante y que el exceso de nubes y la poca luz hacia inutil continuar el vuelo aterrizó magistralmente. Fué recibido con vivo júbilo. Se encerró el avión y Samuel y otros cuantos aviadores quedaron en el campo comentando las incidencias de la

lucha. Había entregado a un compañero los chasis con los clichés obtenidos en su excursión aérea. Un ordenanza se llevó el casco, las gafas y los guantes.

Subita pero tardamente sonaron las alarmas y casi al propio tiempo se vió a enorme altura un aeroplano enemigo de bombardeo. No dió tiempo a nada, comenzaron a caer las bombas sobre los hangares.

El jefe de la base gritó:

-¡Van a destruir el modelo "L 201"! ¡Hay que salvarlo! Por lo menos recoger la memoria descriptiva y los planos.

Samuel se lanzó en una loca carrera hacia el hangar. Las bombas caían a escasa distancia. No era un avión enemigo, eran mas, dos o tres.

Los pilotos saltaron a sus aviones y se dispusieron a elevarse en busca del contrario.

Samuel llegó al hangar, que ya estaba en llamas, entró en él, se apoderó de los planos que en una cartera con correas se colgó del cuello y despreciando el peligro, ayudado por un soldado, empezó a arrastrar el aparato modelo para llevarlo a lugar mas seguro.

Sonó una explosión ensordecedora y el avión y quienes lo transportaban salieron por el aire envueltos en llamas y en humo y entre nubes de polvo amarillento y denso, para caer como trágicos peleles a varios metros de distancia.

La aviación enemiga, perseguida por los aviadores franceses, huyó. Se hizo un silencio sepulcral. Los hangares incendiados iluminaban siniestramente la escena.

Unas camillas recogieron el decapitado cadáver del soldado y se llevaron a Samuel que era una masa informe sanguinolenta y medio carbonizada. Entre sus agarrotados dedos tenía como engarfiada la cartera con los planos "L.201".

A los llamamientos de la familia acudieron los mas insignes cirujanos de Francia e Inglaterra.

Era un caso espantoso el de Samuel.

Aquella cabeza, rival de la del Hermes de Praxiteles, de enarriados cabellos, de frente espaciosa, nariz de purísimo perfil, labios sensuales, barbilla de enérgico modelado; a qué torso de gladiador, aquellos brazos de fuertes y elegantes músculos, como los del Discobolo, apenas tenían forma humana.

Fué un prodigio de ciencia y de paciencia el ir reconstituyendo la destrozada anatomía, pero lo que se pudo conseguir para el cuerpo fué imposible lograr con el rostro y no fué es

caso triunfo el salvar los ojos del héroe y el evitar que se quedase mudo.

Cuando permitieron a Elisa y Consuelo que vieran al herido estaba éste vendado como una momia, unos pequeños agujeros hacían adivinar unos ojos que miraban con alucinante fijeza. De su garganta salía como un triste gáñido. Aun no podía hablar y sin embargo algo decía que no lograban entender ni médicos ni enfermeras y que repetía ininterrumpidamente.

Al besar Elisa la vendada cabeza de Samuel el gáñido lastimero sonó mas insistente. La atribulada madre le instó para que lo repitiera y con esa comprensión que solo las madres tienen entendió lo que su hijo decía y que a ella se le clavaba en el corazón. ¡Laly!, ¡Laly!

Generosamente exclamó Elisa:

-Sí, hijo de mi alma. ¡Laly! Yo te traeré a Laly.

En los ojos del despojo humano brilló una luz de alegría y haciendo un esfuerzo dejó oír mas distintamente: ¡Laly! ¡Laly!

No hubo ni escenas ni vacilaciones. Elisa averiguó donde vivía Aurelia y con piadosa precaución le dió la noticia de que estaba herido Samuel por si ella quería verlo.

Aurelia, emocionada ante el gesto de la dama, agradeció con discretísimas palabras su conducta y fué con Elisa a ver a su amante.

Fué una larga convalecencia. Ya había terminado la guerra. Samuel ya podía andar y utilizar sus manos. Todas las heridas del tronco y extremidades habían cicatrizado sin deformidad alguna. Lo mas penoso y difícil de curar eran las lesiones de la cabeza y los médicos tenían la enorme satisfacción de haber salvado el cerebro de aquél muchacho tan inteligente y adorable. Poco a poco iba recuperando el uso de la palabra. El taba ver lo que ocurría con la cara.

Quitado el vendaje, los propios cirujanos quedaron aterrados. Nada mas monstruoso que aquél rostro, antes tan bello y ahora máscara espeluznante, llena de costurones, de siniestras cicatrices, con un rictus trágico. Boca, nariz y ojos eran como una sima en que hoyos desiguales dejaban ver unos ojos fulgurantes, unos dientes retorcidos y desalineados, unas protuberancias surcadas de arrugas y como veteadas por líquidos corrosivos. No era un espectáculo hediondo sino patético. Sembraba el monstruo del dolor.

Antes de que el mutilado se diera cuenta y pidiera un espejo el mas joven de los médicos tuvo la inspirada idea de decir que observaba algo anormal en el aparato de la visión y que para corregirlo con el reposo absoluto de la vista había que vendarlo. Todos comprendieron que con esto se trataba de irle preparando para que la sorpresa no fuese tan cruel.

Momentos de angustia para las tres dolorosas.

Samuel sabía ya que estaba muy desfigurado pero por una mezcla de temor y de pudor masculino no insistía mucho cuando a sus peticiones de un espejo recibía una amable pero firme negativa, bien disfrazada en burlas a lo presumido que ello resultaba. Las mujeres necesitaron hacer sobrehumanos esfuerzos para no echarse a llorar contemplando aquella cara deformada, con la piel atirantada, de retorcida configuración, aquella gueule como dicen los franceses, fauces de monstruosa caríati de mutilada a golpes, y, lejos de mostrar horror, sonreían alegres y afirmaban que las heridas le habían desfigurado, sí, pero que el tiempo y la cirugía plástica irían volviéndole casi a su pasado aspecto.

Laly estaba en todos sus momentos libres y posibles al lado de Samuel, cada día más solícita y más afectuosa con él, pero cuando se separaba de aquel hombre antaño prodigio de belleza varonil y luego ruina sin casi aspecto humano, sentía desbordarse todo su dolor, toda su tristeza, no solo por verle en tan lastimoso estado sino también porque, cumplido el deber, Elisa rehuía toda relación y cuando la casualidad las colocaba frente a frente la madre, friamente correcta, la hacía sentir toda la angustia y la vergüenza de su falsa situación.

El mutilado, de vez en cuando suscitaba el tema del matrimonio que Laly, con satisfacción pero delicadamente, soslayaba. Una tarde, al entrar en el sanatorio, oyó cerca de ella hablar a Elisa y una señora de cierta edad a quien Samuel no podía aguantar por entrometida y como pronunciaban su nombre la granadina, instintivamente, se paró a escuchar.

-Eso no es mas que una lagartada de mujer astuta. Ahora él no la ha hablado en serio. En cuanto ella vea que va de veras verá usted como acepta. ¿Qué le importa que él haya quedado guapo o feo, lo principal es pescarle el nombre y los millo - nes!

Las vio alejarse Laly y entonces entró ella a ver al herido, que no tardó en sacar la conversación de la boda.

Con su mejor argumentación defendió la conveniencia, la necesidad y el deber de que se casaran. El tenía la persuasión de que una vez planteada la cuestión a su madre, ésta aceptaría, de mejor o peor gana, pero aceptaría, y ya lo demás sería problema de tiempo y de trato. Habló de su situación, que precisaba una compañera, un cariño que endulzara su vida forzosamente distinta a la de antes. Dijo que era preciso asegurar el porvenir y hasta valientemente aludió a la falsa situación de una mujer en amores clandestinos con un hombre.

Como divina música sonaba en los oídos de la española lo que estaba diciéndole aquel hombre tan bueno, tan lleno de gloria

897



y mas rico que Crespo, pero tambien le parecia escuchar las envenenadas palabras de la vieja, palabras que comprendia muy bien que reflejaban asimismo el sentir general. Tuvo momentos de incertidumbre y vacilación, instantes en que sintió flaquear su orgullo. Por una reacción de su voluntad soberana logró contener las lágrimas que afluyen a sus ojos cuando Samuel tímidamente, aprovechando que nadie los veía, le cogió una mano y se la llevó a los labios, pero antes de llegar a aquél monstruoso agujero se arrepintió, acaso temeroso de inspirar repugnancia a Laly, y puso la codiciada mano sobre su corazón. Este gesto de renunciación se clavó en el alma de Laly como espada de fuego.

Resultante se levantó de la silla y, sin cuidarse de que la vieran o no, acercó su rostro al de su amante y le besó apasionadamente en la boca. De los ojos de Samuel fué de donde brotaron, imposibles de contener, las lágrimas.

Laly, emocionada pero con firme acento, declaró a Samuel que aun cuando todos sus razonamientos fueran exactos había uno mas poderoso en ella para no aceptar la honra de ser su esposa, lo que tanto había ansiado, y este no era otro que su mismo amor, la misma pasión que por él sentía. Casados, toda la gente se daría a pensar que aquello no era cariño sino la venta de una mujer hermosa a un hombre archimillonario y a quien la desgracia habia deformado cruelmente. En cambio, si seguía siendo su amante, si continuaba trabajando y su vida era como al presente modesta y austera, el mundo tendría que reconocer la existencia real e indudable de un verdadero amor, de un amor que no retrocede ni se avergüenza de la ilegitimidad de las relaciones, de un amor al que no manchan ni el cálculo ni la molice.

-No me importa que me llamen tu amante. Prefiero que digan con admiración que soy tu querida a que insinuen siquiera con desprecio que soy tu mujer por tus millones.

El gesto de generosidad y abnegación de Laly no fué baldío ni tuvo nadie que decirselo a Elisa porque ella misma, que habia vuelto para despedirse de su hijo, después de acompañar a la vieja hasta la puerta, lo habia presenciado y oído. Nada dijo, sin embargo.

Francia rendía un homenaje a los mutilados de la guerra, que era al propio tiempo, glorificación de Samuel por su heroísmo, por su desinterés y por los inmensos servicios prestados a la patria.

No era Francia sola, eran todos los países aliados los que, con ocasión de magnificar la conducta de unos hombres que si salvaron la vida fué a costa de terribles heridas que les dejaban inválidos para siempre, querían cifrar en Samuel las admiraciones del mundo entero.

La vasta explanada donde había de celebrarse la ceremonia ofrecía un aspecto deslumbrador con tantos soldados, armas, banderas, gallardetes y engalanada muchedumbre.

Los mutilados ocupaban el sitio de honor y con ellos, por razón de su desgracia, había algunos familiares, especialmente mujeres.

Destacaba entre todos Samuel por su alta y gallardísima figura y junto a él, que vestía el uniforme de capitán de aviación cuajado de condecoraciones, tres mujeres, a cual mas bella le prodigaban afecto e interés. El ambiente respiraba optimismo y la satisfacción de la victoria hacía olvidar dolores y aun le quitaba mucho de su patetismo a aquella masa de hombres sin piernas, de mancos, de ciegos, de rostros ferozmente destrozados, piltrafas gloriosas de una lucha terrible.

Antes de efectuarse el acto de condecorar a los grandes mutilados se acercaron a ellos las mas excelas figuras militares de los aliados deseosas de rendir privado homenaje a las víctimas que lograron burlar a la muerte.

Un mariscal, representando al gobierno francés, se aproximó a Samuel y le abrazó. El aviador presentó al ilustre militar a su madre y hermana. El general que vió que Samuel apoyaba una mano en el brazo de Laly, preguntó galante:

-Sé, capitán, que es usted soltero. ¿Acaso este prodigio de belleza es su prometida?

Todos los ojos se fijaron en la hermosa granadina que muy pálida pero con voz entera y resuelta exclamó:

-No, monsieur le marechal, je suis sa maitresse.

El estupor del caudillo lo deshizo Elisa que adelantándose y enlazando con su brazo el talle de la muchacha exclamó emocionada:

-Sí, pero es tambien la mas pura, la mas digna y abnegada de las mujeres. Y besó a Laly, sollozando.

Cortó la dramática escena un toque de clarín anunciando que comenzaba el acto.

El mariscal, con sus ayudantes, fué recorriendo las filas de los mutilados y condecorando a varios. Finalmente se ordenó al capitán Samuel que avanzara tres pasos al frente. Un punto de atención hizo callar con su nota aguda aplausos y aclamaciones. Fué un silencio absoluto.

La marcial figura del viejo guerrero se erguía emocionada ante Samuel como si en él viese la figura de Francia. Con frase

conmovidamente exaltó la bravura de los soldados, de quienes eran exponente sagrado aquellos infelices semejantes a las banderas rotas y quemadas en las batallas; puso de manifiesto con sencilla elocuencia las enormes penalidades de la guerra, el infierno dantesco de la lucha y el sacrificio eterno de los caídos.

-Francia, dijo, no os olvidará jamás y os procurará todos los honores, todas las dulzuras de la vida y las seguridades del porvenir. Tampoco olvidará, añadió, a los vuestros: a vuestros padres, a vuestros hijos, a vuestras esposas... Los ojos de aquel gran jefe militar divisaron la figura de Laly, como una Niobe firme en su dolor, y tuvo un gesto netamente francés al continuar diciendo, tras de una sonrisa de hombre de mundo;... de esas mujeres amantes y abnegadas que os dieron generosamente con su amor cuanto tiene de más bello el alma femenina. También para ellas adivino deberes de la patria.

El mariscal prendió en el pecho de Samuel la más preciada insignia militar y besó sus mejillas, aquella imponente guerrilla, aquellas fauces de monstruo que ponían carne de gallina a quien las miraba.

Se desbordó el entusiasmo popular sin límite ni medida. Las gargantas enronquecían con los vítores, los aplausos eran como un redoble de tambores triunfales y la Marsellesa vibró escafofrante en los aires y en las almas.

Ante los mutilados pasaron saludando, rindiendo armas e inclinándose las banderas, abigarradas masas de soldados de todas clases y de todos los países aliados. Las músicas militares lanzaron al viento la fanfarria de los himnos y las marchas y la multitud aplaudía y gritaba ensordecida de entusiasmo.

En la altura trepidaban bráncamente los motores de los aviones que volaban como bandada de águilas.

Rígidos, hieráticos, los mutilados veían desfilar aquellos miles de hombres armados, los cañones que al rodar semejaban un trueno, las enseñas representativas de pueblos y razas y la caballería galopando mientras los clarines ensordecían con su agrio estridor.

Todos veían, hasta los ciegos, el triunfal cortejo de un pueblo en armas vencedor, pero todos también contemplaban de un modo subconsciente el cuadro de horror del día trágico en que la muerte les atenazó entre sus descarnados brazos y solo pudieron escapar de ella dejando entre sus garras pedazos de carne y ríos de sangre.

Tal vez quienes con tanta gallardía marchaban en el marcial desfile sintieran un estremecimiento a la vista de tantos martires del deber, de tantos hombre inutilizados por la barba -

rie humana y el alma se les rebelara contra la infamia de la guerra.

En el hogar de Samuel, palacio de maravilla, y en la casita de Laly, santuario de amor, modesto como una ermita, todo está subordinado a la comodidad y al contento de Samuel.

El ya sabe como es su rostro y aunque no deja traslucir su emoción se adivina en él la tragedia que lleva dentro. La delicadeza de las tres mujeres ha eliminado, no solo los espejos sino cuanto pueda reflejar una imagen. El metal, los cristales tienen la mate opacidad que evite la crueldad de verse un monstruo y cuando el héroe desfigurado se lamenta de que no tiene donde mirarse, ellas, con cariñosa terquedad, procuran disuadirle de lo que ya va siendo una obsesión morbosa.

La actividad fecunda y laboriosa de Samuel no se aviene a la inacción y con la mayor firmeza resuelve reanudar su trabajo.

Con las tres mujeres, que así lo quieren, visita fábricas y talleres, donde es recibido, no con respeto sino con cariño y sos transportes. Sobre él llueven las felicitaciones y los aplausos y las flobes. Los trabajadores curtidos por las rudas faenas, las mujerucas cuya belleza agostaran la fatiga y las labores ven en él, en sus arrugas y cicatrices, otra víctima, como ellos, del deber y no apartan los ojos con horror sino que le contemplan con admirativo afecto.

En la mas importante de sus industrias, la mas útil, la de mayores rendimientos, anuncia que él la cede a los obreros mutilados en el campo de batalla o en el trabajo, que es también como el otro, o mas que el otro acaso, campo del honor.

Ellos se repartirán los beneficios, sin otra limitación que pensionar a las compañeras de los caídos y que por cualquier circunstancia no estuviesen casadas pero les fueran fieles.

Su rasgo generoso y humano produce el entusiasmo de todos cuantos lo conocen y a Laly le hiere amorosamente el corazón.

Cuando salen de aquellos talleres, inmensas naves cuyas altas chimeneas parecen mástiles de fatástica embarcación, sueñan todas las sirenas y un viva a Samuel es como alaluya gloriosa al hombre que sabe lo que es valor y lo que es amor.

En el magnífico auto regresan a París Samuel y las tres mujeres. El va sentado entre su madre y su amante. Enfrente y jugando como una chiquilla va su hermana.

-Ves, le dice, lo que piensan de tí esas gentes tan buenas. ¡Hasta te han llamado guapo!

El no puede sonreír porque las máscaras trágicas tienen la

inmovilidad del sufrimiento, pero sus manos acarician la cara de Consuelo diciendo:

-¿Habré cambiado? ¡Veis como necesito un espejo!

Laly se aprieta contra su corazón y le dice, con los ojos brillantes y ruborosa:

-Pronto lo tendrás, para que veas en él todo lo que hay en tí de hermoso y de grande.

-¿Cuándo, cuando tendré ese espejo?, pregunta ingenuamente.

-Muy pronto, cuando nos nazca el hijo que llevo en las entrañas.

Antonio DE LEZAMA.

C U A D E R N O D E P O E S I A



Villamediana

VILLAMEDIANA

Honramos las paginas de nuestro Cuaderno de Poesía, después de haber recogido en semanas anteriores lo más notable de la moderna lírica española, con una de las figuras de más refulgente esplendor de nuestro siglo XVII. Don Juan de Tassis y Peralta, hijo del primer conde de Villamediana, nació en Lisboa (1582). Cuando aún no contaba un año pasó a la corte de Felipe II. Sin haber cumplido los veinte años contrajo matrimonio con Doña Ana de Mendoza de la casa del Infantado. La vida del conde fué la de un cortesano galante y amigo de las letras de las joyas y de las pinturas. Una de sus aficiones era los caballos. En el marco dorado del gran siglo XVII sobresalía el Conde con su figura galante, discreto y pródigo como ninguno. Desterrado de la corte por sus excesos en el juego, fué a Nápoles con el conde de Lemos, donde destacó como altísimo poeta en la Academia de los Ociosos. Vuelto a España, todavía sufre un nuevo destierro motivado por sus violetas sátiras contra importantes funcionarios. Se retiró a un pueblo de Andalucía hasta que la subida al trono de Felipe IV le permitió regresar. En la Academia a que concurrían Lope y los Argensolas brilló Villamediana como uno de los poetas de más original acento. Celebrándose en Aranjuez una fiesta en la cual las damas de Palacio representaban una obra del Conde, se incendió el teatro y Villamediana salvó a la reina. Poco después caía asesinado.

I

Es tan glorioso y alto el pensamiento
que me mantiene en vida y causa muerte
que no sé estilo o medio con que acierte
a declarar el bien y el mal que siento.

Dilo tu, Amor, que sabes mi tormento,
y traza un nuevo modo que concierte
estos varios extremos de mi suerte
que alivian con su causa el sentimiento.

En cuya pena, si glorioso efeto
el sacrificio de la fe mas pura
que está ardiendo en las aras del respeto,

ose el Amor, si teme la ventura
que entre misterios de un dolor secreto
amar es fuerza y esperar locura.

II

Nadie escuche mi voz y triste acento
de suspiros y lágrimas mezclado
si no es que tenga el pecho lastimado
de dolor semejante al que yo siento.

Que no pretendo ejemplo ni escarmiento
que rescate a los otros de mi estado,
sino mostrar creído y no aliviado
de un firme amor el justo sentimiento.

Juntóse con el cielo a perseguirme
la que tuvo mi vida en opiniones
y de mí mismo a mí como en destierro.

quisieron persuadirme las razones,
hasta que en el propósito mas firme
fué disculpa del yerro el mismo yerro.

III

Oh cuánto dice en su favor quien calla,
 porque de amar sufrir es cierto indicio,
 y el silencio el más puro sacrificio
 y adonde siempre amor mérito halla.

Morir en su pasión sin declaralla
 es de quien ama el verdadero oficio,
 que un callado llorar por ejercicio
 da más razón de sí, no osando dalla.

quien calla amando sólo amando muere,
 que el que acierta a decirse no es cuidado:
 menos dice y más ama quien más quiere.

Porque si mi silencio no ha hablado,
 no sé decirlo más, que si muriera,
 otro os ha dicho lo que yo he callado.

IV

Obligación confesada
 muestra voluntad rendida,
 ingratitud conocida
 ni esta ausente ni olvidada.

En memoria que eterniza
 mi queja y su obstinación,
 con reliquias de carbón
 amor me pone ceniza.

Mas tengo conocimiento,
 por haber estado ciego,
 que las cenizas del fuego
 no las ha llevado el viento.

Conozco que desespero
 y que con causa desmayo,
 pues tienen fuerza de rayo
 centellas de amor primero.

Errores de mi ventura
que solo en mi ofensa para,
entregar la fe mas clara
a la muerte mas oscura.

Yo no me puedo advertir
de agravios apetecidos,
que no está para partidos
el que se siente morir.

Ingrata enemiga mía,
de mi fe sola diré,
que no obliga como fe
y causa como porfía.

Apetecer los engaños
del mal en que estoy muriendo,
mas ahora estoy viviendo
con nuevo ser viejos daños.

Venciste y fué la victoria
porque mi mal te convenza:
para memoria, vergüenza,
y sin vergüenza, memoria.

Si no acertare a servir,
si no se quiere obligar,
no se me podrá negar
que al menos supe morir.

Fasos de solicitud
si huyen los que desean,
ofensa propia granjean
con ajena ingratitud.

Duerme, que tu blando sueño
ha de lograr un cuidado
de un corazón no olvidado
de su primitivo dueño.

Que yo lloraré despierto
una ingratitud dormida,
que a negras sombras asida
a sus pies me tiene muerto.

V

Cuando me trato más, menos me entiendo,
hallo razones que perder conmigo,
lo que procura más, más contradigo
con porfiar y no ofender sirviendo.

La fe jamás con la esperanza ofendo,
desconfiando más menos me obligo;
el padecer no puede ser castigo,
pues sólo es padecer lo que pretendo.

De un agravio, señora, merecido
siempre será remedio aquel tormento,
que cuanto mayor es más fe procura.

Porque para morir agradecido
basta de vos aquel conocimiento
con que nunca eche menos la ventura.

VI

Tarde es. Amor, ya tarde y peligroso
para emprender ahora que mis quejas
hallen justa piedad en las orejas
que concluyó el desdén mas riguroso.

Porque a tantos avisos no es forzoso
ladrar los hierros de unas rejas,
ni juntar a fe nueva penas viejas
permite el tiempo a un ánimo dudoso.

Tus cadenas, Amor, tus hierros duros
mejor ya en mí parecen forcejados
que peligrosamente obedecidos.

Bienes dudosos, males son seguros,
y los desdenes más solicitados,
avisos con escrúpulo admitidos.

VII

Pasé los golfos de un sufrir perdido
y piélagos de ofensas he surcado,
de enemigos impulsos agitados,
de poderosas olas impedido.

Hoy, pues, menos quejoso que advertido,
de esperanza las velas he animado,
y debo a mi noticia haber tomado
en mar de sinrazón puerto de olvido.

Donde ya en dar benéficos alientos
a la violenta fuerza me libraron
del tiempo alzado y de contrarios vientos.

Ya engañosas sirenas me dejaron
porque la falsa voz de sus acentos
mis diamantes oídos no escucharon.

VIII

Aquí donde fortuna me destierra
con vos estoy, señora, aunque sin veros;
por milagro este bien me hizo quereros,
que en lo demás ningún pesar me yerra.

Sin que pueda morir me falta tierra;
moriré en la memoria de perderos,
seguro con saber que ha de teneros
en sí mi alma donde amor os cierra.

A la vista inmortal del pensamiento
no se verá jamás que ausencia impida
lo que impide a mis ojos hoy mi suerte.

Ni yo desde tan largo apartamiento
tengo más que ofreceros que una vida
que de no veros es eterna muerte.

IX

Después que me llevó el Abril su día
mis ojos verdaderos son corriente;
dígalos Amor, que os rinde francamente
la parte que es mas propia y menos mía.

Dulce error, felicísima porfía
del que menos distante más ausente,
vive con soledad entre la gente
y a solas en sabrosa compañía.

Aguas del Tajo, en vuestras repetidas
ondas, no ya de olvido mar se ves,
comunicad conmigo vuestra gloria.

Acordando mis lágrimas perdidas
al Abril más florido, porque sea
sufragio de mi muerte su memoria.

X

Defiéndame de este mal
lo que el mismo mal me niega,
pues es tal que al alma llega,
y en ella queda inmortal.

Entiérrese mi querella
de su secreto vencida,
que no es bien que tenga vida
quien busca como perdella.

En los peligros buscados
se pierden los prevenidos,
remedios siempre perdidos
es muerte de desdichados.

Secreto yo te guardara
porque Amor manda guardarte,
si decirte y si callarte
la vida no me costara.

NOTAS DE LECTURA

Quien sólo supo vivir
en desdichas confirmado
podrá morir confesado,
y confesando morir.

Una verdad por castigo
pudiera decir, señora,
mas es ya muy tarde agora,
y habrá de morir conmigo.

NOTAS DE LECTURA

LOS OJOS DEL HERMANO ETERNO, por STEFAN ZWEIG. - Ante todo he de confesar que Stefan Zweig es uno de los escritores modernos que gozan de mi predilección. Las obras suyas que conozco - "Amok", "Cartas de una Desconocida", "Veinticuatro horas de la vida de una mujer", "Momentos Estelares", así como su trilogía "Dickens, Balzac y Dostoiévski", me han producido siempre una grata impresión, y muchas de ellas las he releído dos y tres veces. Hay quien le considera en gran modo superficial, abusando de un tono ligero que proporciona a sus obras gran flexibilidad, pero que en cambio les resta profundidad. Encuentran a Stefan Zweig un poco frío respecto de los grandes problemas candentes planteados hoy día a la humanidad; y es probable que efectivamente haya algo de eso. Sin embargo sus páginas difunden un encanto atractivo y no reducido calor humano. Quizás recordando sus mismas frases a su trilogía "Hölderling, Kleist y Nietzsche", haya que considerarle como uno de los que dominaron en exceso su porción demoníaca; aquella que encierra un anhelo incontenible y empuja al genio hacia su proyección sobre la inmensidad del cosmos. Este triunfo suyo sobre el influjo poderoso del mas allá, de lo que está por encima de lo humano, quizás le haya reducido con un cinturón de frialdad ante los grandes problemas, y limitado de esta forma la excelencia de sus posibilidades. En todo caso, en el gran escritor austriaco encontramos siempre el tono ameno, dotado ricamente con una imaginación fértil, y una capacidad de expresión que le permite trasladar al papel sin pérdida de emoción ni colorido lo que en materia de psicología y sentimientos humanos percibe y trans

forma su sensibilidad nada común, prescindiendo a sus frases los latidos de la intransigencia espiritual que lleva dentro.

En "Los Ojos del Hermano Eterno" bajo la forma de fábula o narración oriental, Stefan Zweig plantea y aborda un tema concreto: el alcance de la acción y la no acción, demostrando cómo en esta última puede estar también la esencia del acto.

Virata, el poderoso y valiente guerrero glorificado por su pueblo con el nombre de "El Rayo de la Espada", salva a su rey de una catástrofe, pero habiendo derramado en la lucha sangre fraterna con sus propias manos, el recuerdo de aquellos ojos vidriosos y fijados en él con la fijeza tenaz de la acusación, despierta en él un profundo sentimiento de justicia que le hace rechazar la fuerza como enemiga del derecho. Y desde ese momento cree ver la salvación de su alma, la tranquilidad perdida de su espíritu, en la no acción.

Colocado en la mas alta magistratura de la Justicia la administra con toda equidad y justeza, haciendo que el contacto del frío ambiente de la noche serena y la frescura del agua al correr entre sus manos alejen sus juicios de la pasión. Sus sentencias equilibradas le hacen ser llamado por el pueblo "Fuente de la Justicia". Sus veredictos siempre justos son acogidos con admiración y respeto, pero un día descubre su ignorancia en materia de justicia, al descubrir que mide el sufrimiento que provocan sus sentencias con una medida que su mano no tiene y con un peso que su mano no ha sostenido nunca. En un rasgo admirable, y teniendo siempre presente la mirada acusadora de los

ojos cuya vida trunca su espada, suplanta al condenado para adquirir la sabiduría que únicamente pueden proporcionar los sufrimientos, y recobrar así por el camino de la verdad la paz del espíritu.

Sufriendo el terrible castigo una cosa queda profundamente grabada en su alma y cuerpo martirizados: "Es a Dios a quien corresponde castigar, y no a los hombres. El hombre que señala el destino a los otros hombres cae en el pecado". ¡Cuántas sugerencias nos brindan en los momentos actuales en que la lucha de la tiranía y la libertad se extiende por toda la faz de la tierra, esas frases de arrepentimiento!

Virata renuncia a su magistratura y se retira a la vida privada convencido de que al hombre que quiera ser justo no ha de tomar parte en ninguna obra, sino vivir solo siempre en los dioses.

Su anhelo de hombre justo sufre un choque violento al ver cómo sus hijos azotan a un esclavo. La paz conseguida en aquellos años de recogimiento en Dios y que le valiera el sobrenombre de "Fecundo Campo de los Consejos" se turba y empaña con este hecho brutal. Recapacita sobre la desigualdad de los hombres divididos en libres y esclavos y su voz se eleva en un canto a la libertad que considera como "el bien más esencial de los derechos del hombre y que nadie puede negarla, no solo por toda una vida, ni siquiera por un año".

Virata condena el poder "como una infracción del derecho", prescinde del dominio que le confieren sus riquezas y de ejercitarlo con sus hijos. Abdica de sus propiedades y repartiéndolas entre ellos se marcha a vivir solitariamente en el bosque luminoso y fragante que un día se convertirá en el "bosque de los devotos" como un místico santón. Vive para Dios y su pureza de pecado e injusticia en la tierra. Sin embargo, su ejemplo cunde y su no acción, el aislamiento de los humanos para refugiarse en Dios, acarrea la desgracia a un hogar que se hunde en la más negra miseria por la marcha del jefe de familia tras el éxtasis de una vida de contemplación mística.

Nos demuestra de esta forma cómo "el dejar de obrar es también obrar" y sienta la conclusión de que aquél que trata de acercarse a Dios liberándose de la responsabilidad de la acción es un egoísta ya que su conducta le aleja de servirle en la vida y preocupándose solo de él mismo deja de servir a los demás.

Conclusión que encierra un profundo sentimiento cristiano que aun se pone más de manifiesto en las páginas finales de la obra.

Stefan Zweig hace terminar sus días al gran Virata como guardián de las jaurías del rey. "Solamente el que sirve a otros tiene libertad; es libre tan solo el que entrega su voluntad a los demás, y pone su obra al servicio de una obra sin preguntar nada". "Toda voluntad es confusión, y toda obediencia es sabiduría". ¿Qué es esto sino una afirmación de santa y ciega resignación cristiana? Y aun remacha sus creencias con otras manifestaciones del mismo género: "Solamente quien vive y sonete su voluntad sin preguntar nada puede arrojar su culpa y acercarse a Dios. Quien cree y piensa que es capaz de sojuzgar al mal con su sabiduría cae en culpa".

Muy alejado desde luego de estas afirmaciones finales no puedo por menos de encontrar interesante "Los Ojos del Hermano Hermano" y hallarle cierta profundidad de pensamiento. Coincidió con su tesis fundamental sobre la acción y la no acción pero considerando que tanto en una como en otra el acto se produce, es preferible la acción directa y eficaz.

Difiero en cambio totalmente de su concepto un poco primitivo de la libertad. Quizás la entrega total de la voluntad a una gran idea como la de instaurar un mundo mejor proporcione la libertad total -nunca la confusión-, pero desde luego la entrega total a una doctrina religiosa, a una fe absoluta en Dios, hoy por hoy mientras existan los actuales mandatarios de la iglesia no creo que pueda traernos otra cosa que cadenas morales y espirituales y la pérdida de la libertad -el don más preciado de la vida- como sucede hoy a tantos españoles helados en las tenebrosas prisiones de Franco, y a tantos otros que con su mu-

erte les fué dado recobrarla después de sufrir el encadenamiento físico y moral.

Julio ROMERO.

LA SONATA A KREUTZER, por LEON TOLSTOI

Esta admirable obra de Tolstoi por lo que se refiere a su estilo y resolución de los personajes que son la base y conclusión de la novela, es decir la no existencia del amor como estado superior del alma y la conclusión de que el celibato es el estado perfecto del hombre.

Examinando la vida de Tolstoi se comprende que llegara a esta conclusión, pues en virtud de sus propias ideas se distanció del resto de su familia. Un hombre que en la esfera familiar queda como un islote separado de todos los demás y que añadiendo a esta separación tuvo una oposición violenta hasta el extremo de llegar a tacharle de maniático e hipócrita, pues creían que procedía así con el solo objeto de que hablaran de él; se comprende que este hombre desconfiara de la existencia del amor como inclinación del alma hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero. Toda su doctrina tiene como fin el hallar una forma de vida para el hombre que lo gre la verdad, la belleza y sobre todo la bondad. Al comprobar que aquellos que le eran mas afines, aquellos que a él le hubiera gustado que participaran de sus anhelos y esperanzas, se levantaron, cual ferreo muro, contra él y son los que mas le denigran, llega a la conclusión de que la vida familiar es un infierno del que hay que huir, llega a esta solución: el celibato es el estado ideal.

Este estado de espíritu es el que le impulsa a escribir "La Sonata a Kreutzer". Es una obra subjetiva que él quiso elevarla a norma general y de ahí su fracaso.

Las relaciones de Pozdnychef con su mujer tienen un vicio original. Antes de encontrarse con ella Pozdnychef busca la mujer que le conviene, aquella que fuera digna de él. Ese es el vicio

de que hablo, busca el amor, busca una mujer pura que le convenga a los deseos de organizarse una vida familiar lo mas pura y elevada posible.

¿Pero es que se puede buscar el amor como se busca un objeto cualquiera? ¿No sabe Tolstoi que el amor es un ser que dirige sus flechas a tontas y a ciegas? El pretender que la comunidad de alma que encierra el amor se consigue de una manera racional después de un examen frio de la persona a quien puede ir dirigido, es lo mismo que pretender ganar en la ruleta apostando al número que resulte de tal o cual cálculo.

El amor como la suerte son dos seres locos que premian según su libre arbitrio sin atenerse a norma alguna. Por muchos esfuerzos que haga el hombre por enamorarse de una mujer no lo conseguirá, el amor viene sin que intervenga para nada la voluntad. Cualquiera que haya estado enamorado sabe esta verdad, nadie podrá explicar las causas que le llevaron a la mujer que ama, pero todos saben que estas no fueron causas racionales, nadie se dijo: Esa mujer es bella, o buena, inteligente y por eso me voy a enamorar de ella.

Pozdnychef no estuvo nunca enamorado, sintió hacia su mujer una atracción física, resaltada por los jerseys, los rizos y los modales, de igual forma que antes hubiera sentido esa atracción respecto a las mujeres con las que pensaba pasar la noche. El no vé en su mujer mas que un cuerpo que le puede proporcionar placer, un cuerpo del que puede gozar continuamente con exclusión de los demás hombres y al que adorna de ciertos caracteres individuales que le son agradables. Para él este conjunto constituye el amor, es decir la inclinación de un sexo hacia otro. De ahí que satisfecha la pasión carnal desapareciera el amor y se encontraran el uno y el otro como dos seres ajenos por completo. Si al lado de la pasión carnal hubiera existido una comunidad de almas, hubiera subsistido la compenetración y no hubieran llegado a la tirantez que alcanzaron.

Por lo que se refiere a ella, tampoco llegó al matrimonio por el camino del a

mor. Lo que dice Tolstoi respecto a las mujeres era una realidad en su época, ya que éstas dependían de su situación económica. Pero estaba completamente equivocado al decir que la igualdad del hombre y la mujer en lo que se refiere a su libre desarrollo en la vida económica no modificaría en nada la situación de la misma.

"La ausencia de derechos para la mujer no está en el hecho de que no pueda votar o ser juez, sino en que en las relaciones sexuales no es igual al hombre, no tiene la libertad de gozar del hombre, o abstenerse, según su deseo; que no puede, según su deseo, escoger al hombre, en lugar de ser escogida por él".

En la época actual y aun más en las del porvenir la mujer tiene esa facultad. Libre de toda dependencia económica con relación al hombre puede negarse a éste o aquél si no está enamorada de ellos. Se entrega solamente a aquél que quiere sin que puedan influir en ella factores ajenos a su voluntad.

Pozdnychef y su mujer se unen en el matrimonio llevados cada uno por factores egoístas aunque distintos. El uno por un egoísmo sexual, el otro por un egoísmo económico. Por esta causa se comprende fácilmente que con gran rapidez desapareciera la paz entre ambos, y que fueran de mal en peor.

Pero se me dirá cómo es que no existiendo amor entre ambos llegó él a matar a su mujer? La razón es bien sencilla. Pozdnychef quiere a su mujer para gozar de ella con exclusión de los demás y ante el temor de que otro pueda gozarla aparecen los celos, al igual que se producen reacciones semejantes en los poseedores de ciertas cosas, como por ejemplo en los que tienen cotos de caza. Estos llegan hasta a matar al cazador furtivo, aquél hasta a matar a su mujer. A Pozdnychef le hubiera dado lo mismo que otro hombre se hubiese apoderado del alma de su mujer, ya que para él era una cosa secundaria, en cambio le era fundamental que otro hombre se permitiera gozar una cosa que era suya.

Ante este fracaso en su vida privada

caso particular, lo eleva él a caso general. El matrimonio no encierra nada más que el vicio de la sensualidad y como tal vicio hay que suprimirlo en la vida del hombre, con objeto de que éste sea bueno. Desaparecido el matrimonio no hay más que dos caminos, el seguir las relaciones sexuales por vía extralegal o quedar soltero. El primero lleva consigo, aun más que el matrimonio, el vicio de la sensualidad, por lo tanto el único camino posible es el celibato.

José CAMPOS.

LA VIDA INMOVIL, por JOAQUÍN CALVO SOTELLO.— Se habla mucho de la literatura de Embajada. Han escritos señores libros Sánchez Mazas, Alfaro, Ros, Calvo Sotello, Ruidobro..., este último arquitecto malo y sospechamos que de escritor debe de andar bastante flojo. Después hay unos cuantos más que han hecho su librito, pero creo que no merece la pena de ocuparse de ellos. De los dos primeros, solo conocemos los capítulos iniciales de sus respectivas novelas publicadas en la revista "Semana". La de Alfaro es francamente mala, ¡para que nos vamos a engañar! La de Sánchez Mazas no se puede juzgar por ese solo capítulo. Indiscutiblemente está bien escrita, y en eso se diferencia del de Alfaro. Es lo menos que se le puede pedir a quien no le escatimamos lo que en él hay de inteligencia. Sólo un libro nos ha llegado íntegro y bastante bien impreso: el de Joaquín Calvo Sotello, titulado "La Vida Inmovil".

He de confesar que el libro llegó a este refugio rodeado de curiosidad. Lo esperábamos con impaciencia. Algunos hemos sido amigos del autor allá por los años anteriores al cataclismo, y yo, concretamente, fui de los primeros en conocer su obra teatral, le dí alientos, le presenté amigos que por mi condición de hombre "rondando el teatro" me conocían y podían servirle en sus ambiciones de estrenar. Francamente, yo tenía fé en una obra limpia, pulcra que él parecía dispuesto a dar. Le faltaba vivir un po

co, salir de ese señoritismo de la familia Calvo Sotelo y quizá pasar por el sufrimiento fuente imprescindible para toda obra literaria de altura. Pero al llegar a mis manos este libro creado durante o después del drama vivido y es pero que por él con una intensidad sin límites, veo mi gozo en un pozo. Nada ha aportado a la calidad literaria de Calvo Sotelo el dolor pasado.

Quizá el prólogo extenso y ambicioso sea la mejor del libro. En él parece en sus comienzos que va a decir algo sobre la auténtica vida inmóvil que tan bien conocemos, pero aparte de ciertos pequeños matices bien observados, luego se pierde en una serie de frivolidades y en un canto a Chile, justo de agradecimiento mas liviano y falto de profundidad en el juicio. Todo este prólogo adolece de algo que él maneja perfectamente: la cursilería. La dedicatoria sentimentaloides a una niña que...etc, etc...es de lo mas trasnochado y de tercer orden literario, muy propio de la blandura galaica. También se dedica a hacer un canto patético comentando la salida de los cuadros del Museo del Prado como si él gustase y amase mas esos cuadros que yo por ejemplo. Este lamento con sus correspondientes tópicos anti-ruinosos me recuerda un poco a sus interpretaciones de las operas ligeras que él amaba tanto cantar con hermosa aunque engolada voz de tenor cuando viajábamos por las carreteras de Dios.

Las dejemos este prólogo que carece de materia para el comentario y vayamos a la comedia que titula "La Vida Inmóvil".

Alguien que se caracteriza por la frase aguda, ecuanime y certera nos dijo al preguntarle su opinión sobre el libro: "Demasiado inmóvil". Es perfecto. La obra carece de movilidad y solo dos momentos tienen efecto teatral y no de gran categoría: cuando el chico artillero se va por una ventana iluminada por la luz de un farol -faroles que no existían en Madrid desde el mes de Septiembre del 36 y cuando la muchacha enamorada rompe el pasaporte. Bien poco, ¿verdad? Pues nada mas. Los personajes

son tan sin personalidad, tan sin nervio que sinceramente creemos no le fuesen muy necesarios a Franco. También nos resistimos a creer que entre seiscientos que eran los que habitaban la Embajada, forzosamente debiera haber alguno con mas personalidad que los presentados. Ni un solo momento surge el interés...No lo tiene para nosotros que reconocemos la caja de lentejas, la terraza, el jardín, las ventanas, el pasillo, los colchones, ¿cómo lo va a tener para nadie? La pasión es de una flojez, de un provincianismo que sonroja. Ver a ese doctor español que rechaza a la mujer que le enamora por un principio de moral de sacristía, produce risa. Se nota la insinceridad del autor. Ahí mismo, por halagar a un público de beatas, se traiciona a sí mismo, pues conocida por toda Madrid -y muy bien por mí- su vida amorosa, la trampa salta a los ojos.

Después hay cosas pintorescas. Solo uno de los refugiados es el que quiere dar la sensación Calvo Sotelo de que es un madero con ojos...y qué casualidad, es un desgraciado empleado de Pompas Fúnebres, es decir: un pobre de esos que llevan alpargatas, indigno de huir de la "furia marxista".

Don Javier es un buen señor con mas tópicos que años y que ni da pena de que se quede viviendo solo en el viejo caserón de la calle del Prado.

Hay una insostenible lección de inglés y un final de acto rezando un padrenuestro. Da dolor pensar que un hombre joven, con pretensiones de renovador recurra a este recurso prodigado en el teatro español con una profusión aterradora. Igualmente, el pretender dar la sensación del drama que supone ver en escena perder la vista a un joven, fracasa totalmente.

¿En qué queda la comedia? En poca cosa. Intercala una dosis de humor a base de la casa de Molinero y de ciertos monumentos madrileños. El hacer gracia a costa de la fealdad de este edificio y de las cuádrigas del Banco de Bilbao y del monumento a Cervantes, no hay un solo "niño" de clase media que no haya hecho ya idénticas apreciaciones hacia

ellos. No, Calvo Sotelo, no. No nos pu
edes hacer creer que no te gustan esas
 cosas... Tú que estas en este ambiente
 imperial como pez en el agua, soportan
 do esos guateques, fiestas y reuniones
 propias de "las de Perez", tienes que
 ser feliz. En este mundo donde se dá u
 na recepción en la Casa de Socorro del
 distrito del Hospicio con un ilustre
 humorista de teniente de alcalde hono-
 rario y que tiene la avilantez de re-
 tratarse dando un donativo a un desgra-
 ciado como desmostrando que saben hacer
 pobres para luego poderlos socorrer, si
 socorrer se puede llamar a eso, tú es-
 tas a maravilla. No gastes bromas con

los malos monumentos, que sois vosotros
 los que los habeis puesto y vosotros so
 is los que habeis resucitado a esos lla-
 mados artistas que ya habían desapareci-
 do borrados por el prestigio de la Repú-
 blica.

En definitiva, una desilusión aunque
 parezca mentira, porque nosotros pese a
 todas las ideas, cuando un señor dice
 algo bello e interesante lo entendemos
 y lo saboreamos.

"La Vida Inmovil" ha inmovilizado de-
 finitivamente un cerebro en el que algu-
 nos habíamos creído.

Santiago ONTANÓN.

